

Dog Soldiers
Robert Stone

Prólogo de Rodrigo Fresán

Traducción de
Mariano Antolín e Inga Pellisa

Miradas 

Título de la edición original: *Dog Soldiers*

Primera edición en Libros del Silencio: octubre de 2010

© Robert Stone, 1973, 1985

© de la traducción, Mariano Antolín Rato e Inga Pellisa, 2010

© del prólogo, Rodrigo Fresán, 2010

© de la presente edición, Editorial Libros del Silencio, S. L. [2010]

Provença, 225, entresuelo 3.^a

08008 Barcelona

+34 93 487 96 37

+34 93 487 92 07

www.librosdelsilencio.com

Diseño colección: Nora Grosse, Enric Jardí

Diseño cubierta: Opalworks

ISBN: 978-84-937856-5-9

Depósito legal: B-33.746-2010

Impreso por Romanyà Valls

Impreso en España - Printed in Spain

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Converse

Converse era escritor de profesión. Diez años atrás había escrito una obra de teatro sobre el cuerpo de marines que había sido representada y muy bien recibida. Desde la producción de la obra, el único golpe de suerte profesional con el que se topó fue resultado de su boda con la hija de un editor de revistas.

Elmer Bender, el suegro de Converse, publicaba imitaciones de otras revistas. El nombre de cada publicación estaba pensado para crear la impresión en sus distraídos e hiperactivos compradores de que estaban adquiriendo la revista, mucho más conocida, a la que imitaba. Si había, por ejemplo, una revista que se llamaba *Collier's*, Elmer publicaba una revista que se llamaba *Schmollier's*.

«Las mías son mejores», decía Elmer. Era veterano de *New Masses*¹ y de la Brigada Abraham Lincoln.

Durante los siete años de su matrimonio con Marge, Elmer lo había tenido empleado como colaborador principal de *Nightbeat*, que sus abogados describieron como «publicación sensacionalista semanal con intensa carga sexual». Converse supervisaba un equipo de dos personas:

¹ Célebre publicación marxista estadounidense. Apoyó mucho los movimientos antifascistas, en especial durante la guerra civil española. Dejó de publicarse en 1948. (*N. de los T.*)

Douglas Dalton, un viejo periodista alcohólico con buenos modales, y un comunista chino que se llamaba Mike Woo, el cual en una ocasión había intentado exponer la teoría de la plusvalía en su página del horóscopo semanal: «No tengas miedo a pedir un aumento de sueldo, sagitario. ¡Tu jefe siempre paga por debajo del *valor real* de tu trabajo!».

Cinco días a la semana, Converse ofrecía a la nación su suministro de jueces sadomaso y motoristas lesbianas.

Al final del séptimo año, había escrito un nostálgico artículo en recuerdo del fallecido Porfirio Rubirosa que llevaba por título «Rubirosa era un desastre en la cama» y que firmó con el nombre de Carmen Guittarez. En él había adoptado la identidad de una sexy corista latina decepcionada en el clímax de su cita romántica con el famoso playboy y *bon vivant* internacional. El artículo motivó un Episodio Esquizofrénico en Converse.

Durante varios días anduvo por ahí imaginando que una banda de miembros de la alta sociedad, aburridos y corruptos, se presentaría en su casa de Berkeley y, en nombre de su querido Rubi, tomaría una cumplida y retorcida venganza.

Las dificultades de Converse con la realidad se acrecentaron.

Después de una noche de sueños terribles y siniestros, había recurrido a Elmer y conseguido su ayuda para hacerse con una acreditación de prensa como corresponsal marginal en Saigón. Bender accedió de mala gana. Pero consideró que, si Marge y Converse soportaban un periodo de separación, su unión podría recuperar algo de empuje. La madre de Marge había sido una irlandesa vegetariana de izquierdas, y se suicidó con su amante durante la era McCarthy. Se apuntaba con frecuencia que Marge se parecía mucho a ella.

Converse sugirió que de esa expedición podría surgir algo que mereciera la pena; algo que pudiera terminar en libro o en obra de teatro. El

planteamiento había calado de modo especial en Elmer, también escritor: uno de sus primeros relatos le había valido una apasionada carta de agradecimiento de Whittaker Chambers. Marge, a la que en el fondo le encantaba todo lo que fuera nefasto, lo aceptó con pose huraña.

Converse despegó de Oakland la mañana siguiente del segundo cumpleaños de su hija. En Saigón consiguió ampliar su campo de acción ocupando el puesto de los corresponsales independientes que se marchaban y haciéndose con unas cuantas corresponsalías por sí mismo. Y, sin duda alguna, durante un tiempo sorteó las dificultades por las que había pasado con respecto a la realidad. Una luminosa tarde, cerca de una plaza que se llamaba Krek, Converse había visto con asombro cómo el mundo de los objetos se transformaba en un único asesinato insoportable. Por decirlo de algún modo, se había encontrado a sí mismo. Él era una cosa blanda, temblorosa e indefensa recubierta de ochenta kilos de rosada carne sudorosa. La cosa era bastante real. La cosa intentó acurrucarse bajo tierra. La cosa sollozó.²

. . .

Una vez Converse había acompañado a Ian Percy a ver una película en color sobre la erradicación de las termitas rodada por la gente de conservación del medio ambiente de las Naciones Unidas. En un país que se parecía algo a Vietnam, donde había hierba elefante, tierra roja y palmeras, los soldados nativos arrasaban las praderas con excavadoras y destruían inmensas colonias cónicas de termitas. Había un motivo, según

² Periodista y escritor estadounidense miembro del partido comunista y espía soviético. Posteriormente se apartó del comunismo y en sus declaraciones ante el Comité de Actividades Antiamericanas de McCarthy denunció a antiguos camaradas. (*N. de los T.*)

recordaba él: provocaban la erosión del terreno o se comían las cosechas o las casas de la gente. Las termitas hacían algo malo. Cuando se daba la vuelta a las colonias, las termitas salían de las ruinas en frenéticos centenares de miles, blandiendo sus pinzas con inútiles movimientos de defensa. Soldados con lanzallamas venían detrás de las excavadoras abrasando la tierra y quemando las termitas y sus huevos, que reducían a cenizas negras. Al ver la película uno sentía algo parecido a un reparo moral. Pero el reparo moral se superaba. Las personas eran más importantes que las termitas.

Conque el reparo moral a veces quedaba superado por asuntos más importantes y profundos. Uno debía tener una visión más amplia. También era cierto que determinado punto de vista podía ser demasiado amplio y hacer que el reparo moral pareciese irrelevante. La visión de las cosas a tan gran escala era un error. Debía mantenerse el punto de referencia humano.

La verdad, pensó Converse, lo sé todo sobre eso. Apretó su dedo pulgar contra la pared y retiró una partícula seca de esqueleto de reptil de su fría superficie. Era un error adoptar una visión demasiado amplia cuando se trataba de reparos morales. Y un error insistir en los reparos morales cuando éstos estaban superados. Si uno recibía fundamentos sólidos en la juventud, tenía bien enfocado el objeto del cariño y había adquirido correctos hábitos higiénicos, todo eso se convertía en una segunda naturaleza.

En aquel campo rojo, mientras las bombas de fragmentación caían desde lo que parecía un cielo azul totalmente vacío, no había experimentado el más mínimo reparo moral.

El último reparo moral que había experimentado en el sentido tradicional del término había sido en respuesta a la operación Gran Masacre de Elefantes del año anterior. Aquel invierno, el Comando de

Asistencia Militar, Vietnam, había decidido que los elefantes eran agentes del enemigo porque el ejército norvietnamita los usaba para el transporte, lo que tuvo como consecuencia una escena digna del Ramayana. Ese mando de muchos brazos y cien cabezas lanzó insectos voladores con cuerpo de acero para destruir a sus enemigos, los elefantes. Por todo el país, sudorosos soldados bajaron dando gritos desde la protección de las nubes para provocar la estampida de las manadas y acribillarlas con sus ametralladoras de 7,62 milímetros.

La Gran Masacre de Elefantes había sido demasiado y había indignado a todo el mundo. Incluso las tripulaciones de los helicópteros, que lo recordaban como un día de alegría demente, en cierta manera quedaron aterrorizadas. Todos tuvieron la sensación de que existían unos límites.

En cuanto a la droga, pensó Converse, y los adictos..., si en el mundo va a seguir habiendo elefantes perseguidos por hombres que vuelan, la gente naturalmente va a querer colocarse.

De modo que, pensó, así son las cosas. Él se había enfrentado a un reparo moral y lo había superado. Él podía lidiar con esos asuntos tan bien como cualquier otro.

Pero la imprecisa insatisfacción seguía ahí, y no se trataba de soledad o de un reparo moral; era, claro está, miedo. Para Converse, el miedo era importante en grado sumo; en el sentido moral, constituía la base de su vida. Era el medio a través del que percibía su alma, la fórmula por medio de la cual podía confirmar su propia existencia. Tengo miedo, razonó Converse, luego existo.

Marge

Tomó Mission hacia los accesos al puente. Conducía un Ford del 64 amarillo, y Marge le tenía cariño porque creía que era el coche ideal para ella. Sabía que sobre ruedas ofrecía un aspecto respetable: ella y su coche juntos proyectaban una ola de recuerdos estudiantiles que podía resultar incluso nostálgica si uno lo había pasado bien en 1964. La policía casi nunca la paraba.

Su casa estaba justo sobre la colina de la primera salida a Berkeley, en la primera manzana de terreno ascendente. No muy lejos se encontraba la esquina donde la policía de Oakland había detenido la manifestación del Comité del Día de Vietnam, en la que Marge había estado, aunque entonces aún no vivía en Berkeley. Hacía ocho años de aquello.

Entró en el edificio y subió los dos tramos de la escalera con paredes de secuoya hasta el apartamento. Antes de meter la llave en la cerradura llamó dos veces a la puerta.

—¿Margie?

Era la señora Diaz, la canguro.

—Hola —saludó Marge, según entraba—. ¿Todo bien?

Cruzó por delante de la señora Diaz y fue directamente a la habitación donde dormía Janey.

—Todo bien. Llamó su padre.

Janey estaba acurrucada bajo su manta amarilla. Tenía la boca abierta y su respiración era bronquial.

—Joder —soltó Marge. Encontró otra manta en el armario y la echó encima de la niña—. ¿Quería algo en especial?

—Que lo llamase usted mañana.

En la cocina, puso a calentar agua para el café instantáneo.

—¿Cómo va la vida por la calle Tres? —preguntó la señora Diaz.

— Ya sabe. Sórdida.

Las tabletas de dilaudid estaban en el bolsillo de su chaqueta de punto. Sacó una y se la tomó.

—Allí se juega usted la vida.

—Eso no me molesta. Después de trabajar tres años en la Universidad de California casi prefiero estar jugándome la vida.

Se quedó de pie atenta al sonido del agua, que empezaba a hervir, y esperando a que la señora Diaz se marchara.

—¿Quiere quedarse a tomar un café?

—No. Me tengo que ir.

Mientras se ponía el impermeable, la señora Diaz preguntó a Marge cómo le iba a su marido en Vietnam. Marge contestó que parecía que estaba bien.

—Debería quedar algún día con mi sobrina —le recomendó la señora Diaz—. Su marido también está allí.

—¿De verdad? —preguntó Marge.

—¿No está usted preocupada? Si fuera mi marido, yo me preocuparía.

—Me preocupo. Pero él siempre ha tenido suerte.

La señora Diaz hizo un gesto de dolor.

—No debería decir eso. Bueno, supongo que allí tendrá mucho sobre lo que escribir, ¿eh?

—Debería.

—Usted dijo que estaba escribiendo un libro sobre ello, ¿verdad?

—Sí, quiere escribir algo. Un libro, o una obra de teatro. Para eso fue.

—Madre mía, ¿no es una locura? Lo siento, pero a mí me parece una locura... cuando podría estar aquí. Aquí también hay muchas cosas sobre las que escribir.

—Es un tipo raro.

Cuando la señora Diaz se marchó, Marge volvió a la habitación de Janey y estuvo escuchando un rato la respiración de la niña. Luego regresó al cuarto de estar y se sentó delante del televisor sin encenderlo.

Prendió fuego a un cigarrillo y marcó el número de su padre, que vivía en Atherton.

Respondió Frances, la amiga de su padre; Frances la de las tetas de silicona.

—Seis cero nueve nueve. Y son las tres de la mañana.

Marge sabía que todavía estarían levantados, y también sabía que su padre había descolgado la otra extensión.

—Hola, Frances. Hola, Elmer.

—¿Qué tal? —dijo Frances, y colgó.

—¿Estás bien? —quiso saber Elmer Bender.

Marge se metió otra cápsula de dilaudid en la boca y la tragó con el café.

—Me acabo de tomar una pastilla —le explicó a su padre.

—Me alegro por ti... —Y después de unos instantes preguntó—: ¿No te irás a suicidar?

—No. Sólo estoy haciendo el idiota. Me noto como desquiciada.

—Ven a verme mañana. Me gustará saber cosas de Nueva York.

—¿Me has llamado por eso?

—Quería saber cómo estabas. ¿Por qué no vas a ver a Lerner, si estás tan desquiciada?

—Lerner es un gilipollas vienés que chochea. Y un salido.

—Por lo menos es limpio —alegó Elmer Bender.

—Iré a verte. Si no mañana..., pronto.

—¿Te sigue molestando aquel tipo de Santa Rosa?

—No —contestó Marge—. Se marchó.

—¿Cuál es tu situación?

—¿Cómo te lo voy a contar? Tienes el teléfono pinchado.

—Naturalmente. ¿Y qué?

—Estoy a dos velas. Para mí el sexo no es más que una sala llena de enanos que se la menean por dentro de los pantalones.

Elmer Bender estuvo callado un momento. En el curso de una de sus conversaciones, Marge se había dado cuenta de que a su padre le aterrorizaba el lesbianismo y de que le preocupaba que ella empezara a acostarse con mujeres. Al parecer su madre lo había hecho.

—¿No crees que es hora de que vuelva John?

—Va a ser raro —comentó Marge—. Raro de verdad.

—Yo creo que la cosa se ha alargado demasiado. Era de locos, ¿sabes? ¿Qué bueno puede salir de eso?

Marge notó que se hundía en la butaca. Sintió que se hundía en su tela azul en el sentido más literal. Mantuvo el teléfono pegado a la oreja con la mano izquierda y estiró el brazo derecho con los dedos extendidos hacia la ventana de la bahía. Era agradable tener el brazo de ese modo. Vista desde la butaca, la forma de la ventana parecía sugerir Otro Mundo más allá.

—¿Qué tal un mundo más allá? —preguntó a su padre.

Elmer suspiró.

—Marge, vete a dormir, pequeña. Y ven a verme mañana.

Una especie de viento había empezado a soplar fuera y silbaba por entre el marco podrido de la ventana y los cristales mal ajustados. Marge se quedó sentada de cara a la ventana, escuchando el viento hasta que éste se desvaneció en un silencio mayor. La voz de su padre seguía con ella, y sentía como si su esencia permaneciera en la habitación: una esencia seca, áspera, exasperantemente razonable. Unos puntos de luz se le clavaron en los ojos, como reflejados por los cristales de las gafas de montura metálica de su padre.

—Te cagarías en los pantalones, ¿a que sí? —le dijo.

Permaneció en la butaca rodeada por la inmensidad del tiempo silencioso. En el centro de ese silencio, dentro de ella, estaba surgiendo una gran satisfacción. Vio el mundo exterior como una serie infinita de habitaciones con ventanas y tuvo la certeza de que no había nada en él que ella no pudiera superar satisfactoriamente.

No era muy propio de Marge estar sentada tanto tiempo sin moverse nerviosa, ni siquiera estando sola. Se oyó un ruido fuera, en la calle, y aunque no lo pudo identificar, lo usó como asidero para levantarse. De pie se sentía cansada pero sin miedo. Nunca, desde que era mucho más joven, había sentido un compromiso tan satisfactorio como el que sentía ahora por ese viaje y por la droga que navegaba por su cuerpo. Colocada, era parte de ello, estaba en comunión.

—Muy bien —dijo. Estaba muy bien.

Cuando se vio en el espejo, sonrió llevándose una mano a la boca. Avanzó hacia sí misma con cautela pero con dignidad, dando vueltas frente a su imagen dando vueltas. Cuando se examinó los ojos vio que las pupilas eran diminutas y que estaban rodeadas por lo que parecían enormes zonas de gris.

Dilatadas. Dilaudid. Bendito dilaudid.

—No tenemos miedo —dijo. La vieja canción.³

Nosotros contra ellos, pensó. Yo contra ellos. No era muy distinto al deseo sexual. Esa sensación la precipitó hacia otras habitaciones, y vio destellos de los dedos de los enanos enfrascados en sus húmedas semierecciones, excavando en el mohoso subsuelo de sus pantalones como arácnidos en un tronco podrido.

Eso le hizo reír y estremecerse.

Sobre la mesa de secuoya había una carta de John, pero mantuvo las manos lejos. Estaría en Saigón, a doce horas de distancia..., sin duda vivo, de un modo u otro, probablemente asustado.

Cuando pensaba en él, a menudo se preguntaba si habría un modo adecuado de castigarlo por estar allí sin ella, o en lugar de ella. Pero ahora se sintió en paz con John.

Se acercó al espejo y volvió a mirarse los ojos.

Diluidos.

Notó que se caía hacia atrás, así que se volvió y se sentó en el borde de la mesa donde estaba la carta; ahora podía verse de perfil en el espejo, con el cuerpo doblado por las nalgas que el último enano había estado tan interesado en ver.

—Tu culo está en peligro —se dijo Marge en voz alta.

Y en efecto le pareció que tenía un aspecto vulnerable.

Deludido. Dilaudid.

Se puso de pie y fue de una luz a otra, apagándolas. Cuando la habitación estuvo a oscuras tomó conciencia de la claridad de la calle. Parecía que el viento había parado, y al dirigirse a la ventana vio que la calle

³ En referencia al himno de góspel *We Shall Overcome*, popularizado también por Joan Baez y otros artistas como canción protesta. (*N. de los T.*)

estaba envuelta en niebla y las farolas rodeadas de pequeños arco iris. Todo aquello estaba muy bien.

De vuelta en el dormitorio pasó junto a la cuna de Janey y oyó su agitada respiración. Vulnerable.

Pero estaba bien, pensó.

Alisó las mantas de la niña y se desnudó con placer. Tumbada en la cama, pensó en John sin el menor deseo de hacerle daño. Nosotros contra ellos sería lo mejor.

Y cuando cerró los ojos fue maravilloso. Se adentró en una parte del mar donde había un espacio infinito, donde podía respirar y nadar sin esfuerzo por bóvedas ilimitadas. Imaginó que oía voces, y que las voces podrían pertenecer a criaturas como ella.

Hicks

Todas las tardes jugaba al ajedrez con Gaylord X en la sala de recreo de la tripulación. Los tripulantes civiles del Kora Sea se atenían a una estricta segregación social, por lo que Hicks y Gaylord jugaban en un silencio casi total. Después de cada partida Gaylord decía «Ah, gracias», y Hicks le respondía: «El placer es mío». Y su placer era auténtico, pues en aquel viaje ganó todas las partidas. En una de ellas, Gaylord se recuperó de modo soberbio hacia el final del juego, pero en ese momento varios de sus camaradas nacionalistas se acercaron para aconsejarlo sobre las jugadas y su contraofensiva sucumbió bajo la presión de representar a su raza. Gaylord era el segundo cocinero, un musulmán negro y rosacruz en secreto.

Después de la partida, Hicks se preparaba una tetera de hierba luisa y se acostaba temprano.

Estaba intentando leer a Nietzsche otra vez. Para su disgusto, descubrió que no entendía nada de nada.

«¿Hacia dónde se mueve? ¿Hacia dónde vamos nosotros?»

«¿No gira un espacio vacío continuamente a nuestro alrededor? ¿No hace más frío?»

Su ejemplar era de la biblioteca de la marina y el último lector había subrayado muchos pasajes y añadido signos de admiración. Hicks sonreía cuando llegaba a ellos.

Algún gamberro, pensó. Como él.

Había leído a Nietzsche hacía unos doce años en el cuartel de los marines de Yokasuka —el ejemplar era de Converse— y le había desbordado. Había señalado pasajes con lápiz y subrayado palabras que no entendía para poder buscarlas. Antes de conocer a Converse en Yokasuka, los únicos libros que había logrado terminar eran *Crónicas marcianas* y *Yo, el jurado*.

Hicks conocía a muy pocas personas por las que hubiera sentido algo parecido al cariño, y Converse —al que no había visto ni veinte horas en total en los últimos diez años— era una de ellas. Ver a Converse de nuevo le había hecho sentirse bien y joven otra vez de un modo inocente; como si todos los planes y las fantasías adolescentes que habían compartido en el ejército pudieran adquirir una especie de realidad renovada.

De hecho, su amistad había terminado cuando Converse se licenció y Hicks se convirtió, según pensaba él, en un profesional. Una vez, mientras Hicks todavía estaba casado con su chica de Yokasuka, Etsuko, Converse había ido a visitarlo al campamento Pendleton sin su mujer, y los tres habían comido sushi juntos. Muy de vez en cuando, habían salido a tomar algo por la ciudad. Pero era muy consciente de que Converse, por regla general, lo evitaba, y eso le hacía sentirse bastante dolido.

Estaba dolido también por lo que Mary Microgramo le contó que Converse había dicho de él. Y aún estaba más dolido por la burla de Converse al ver su ejemplar de Nietzsche y decirle que le parecía intrigante —presumiblemente en el sentido de que era algo llamativamente

provocativo, agradablemente inquietante, más que algo que le interesara lo suficiente como para tomárselo en serio.

En la misma época en que Hicks había conocido a Converse, había descubierto también Japón, y Japón —tal y como lo percibía— había sido inmensamente importante para él. Había vuelto a casa con una japonesa, y durante sus años como marine profesional había llegado a considerarse una especie de samurái. Aunque nunca había estado cerca del satori, estudió zen, y durante un tiempo tuvo un maestro, un alemán capaz de leer los textos y del que se decía que era un roshi.⁴ Incluso trapicheando, hacía esfuerzos por mantener una vida espiritual.

Durante su tercer reenganche militar, después de pasar años en la base y de hacer guardias en la embajada, de sacar brillo a los zapatos y saludar automóviles, había desembarcado en Danang para enfrentarse por primera vez a un enemigo armado. Su disciplina le había venido bien.

Era mayor que todos los demás; mayor que los fusileros adolescentes, mayor que el ex jugador de fútbol de Princeton que estaba al mando de su compañía. Todos esperaban que él fuera mejor y más profesional en la guerra que ellos mismos, y lo había sido. Nunca se permitió dudar de la necesidad de serlo.

Pero aquella no era una guerra para un hombre que tenía una vida espiritual y que estaba casado con una asiática. Había muchos marines que estaban en contra de la guerra más enérgicamente que él; pero evitaba manifestarse en contra de aquella guerra, de cualquier guerra. Sin embargo, los que estaban en el frente y habían llegado a odiar la naturaleza de todo aquello no dudaban en hablar con él del asunto. Conque cuando una de las

⁴ 12. En la filosofía zen, el satori (cuya traducción literal es «comprensión») constituye el primer paso, de iluminación individual, hacia el nirvana. Por su parte, roshi es un término japonés con el que se designa a los maestros zen. (*N. de los T.*)

compañías de comunicaciones del regimiento, en un arranque de espiritualidad producto de la droga, se organizó en una comuna y se declaró devota de Joan Baez, los chicos que la formaban esperaron cierta simpatía por su parte.

Un día, cuando su compañía no estaba en primera línea, había autorizado, con una sensación de vago descontento, a varios de sus hombres a ir andando hasta el pueblo para ver a Bob Hope, que actuaba allí. Aquello no era, dadas las circunstancias, una falta grave, pero requería un correctivo, y el correctivo llegó en forma de una inesperada patrulla que tuvo como resultado lo que Hicks había dado en llamar la batalla de Bob Hope. Casi todos los hombres de su pelotón que habían ido a ver a Bob Hope murieron en ella. Él mismo recibió un tiro y lo mandaron en avión a Okinawa. A finales de año terminó su último reenganche y regresó.

Para Hicks constituía una fuente de orgullo encontrarse cómodo en el mundo de los objetos. Creía que su atento y respetuoso estudio de la cultura japonesa le había hecho capaz de manipular la materia de un modo sencillo y disciplinado, de mover las cosas correctamente. Creía que todo estaba en la cabeza.

. . .

En cuanto sintió el sol, la prisa le asfixió.

Vete.

Su todoterreno estaba a tres metros. Tenía las llaves en la cazadora.

Vete.

Fue hasta el todoterreno y lo rodeó, examinando el dibujo de los neumáticos. Estaba bien.

Carretera y manta, tío. Y no vuelvas nunca más.⁵

Fantasías. Al final, para un hombre como es debido, para un samurái, no hay demasiadas cosas que merezca la pena desear. Pero hay algunas. Y al final, si un hombre como es debido aún necesita una ilusión, elige la más valiosa y se compromete con ella. Esa ilusión podía consistir en esperar el día en que una mujer estuviera en sus manos. En estar con ella y estremecerse en el mismo momento.

Si dejo esto, pensó, seré viejo: no quedarán más que fantasmas, resacas y dulces recuerdos. A la mierda, pensó, haz lo que sientas. Ésta es la ola. Ésta es la ola que debo montar hasta que se estrelle.

Contempló la circulación de la tarde, en dirección al sur.

¡Da igual, vete!

Pensarlo le hizo sonreír. Buen zen. Pero el zen era para los viejos.

Había una valla oxidada que unía las paredes de los bungalows, separando el patio de la playa, y una pasarela sobre pilares que llevaba hasta la arena. Hicks caminó hacia el oleaje con la cabeza baja, para que los granos no le entraran en los ojos. Se quedó un rato en la suave arena, viendo romper las olas y a los correlimos revolotear por encima de ellas. Sintió frío enseguida.

Para entrar en calor, se volvió hacia el océano e inició los movimientos de taichí. Sus arremetidas contra el viento del océano le parecieron débiles e inseguras. Su cuerpo estaba flojo, y a medida que crecían el frío y el cansancio, notó que su fuerza de voluntad lo abandonaba.

No había elección. No había ninguna elección.

Ella era una yonqui, una encerrona, una atrapabobos.

Era una locura. Un derrota segura.

⁵ 16. De la conocida canción de Ray Charles *Hit the Road Jack*. (N. de los T.)

Plantó un pie en los dientes del viento y gritó. A nuestra izquierda, pensó, el jodido Los Ángeles. A nuestra derecha, el viento. El ejercicio se llama Montarla hasta que se Estrelle.

Al volver por la pasarela que llevaba al patio, vio unas alas delta de las que lanzaban desde Point Mugu y se detuvo un momento a contemplarlas. Estaba sudando; el taichí le había hecho bien, después de todo.

La decisión estaba tomada, y no había sitio para las especulaciones motivadas por el acojone. Los roshi tenían razón: la mente es un mono.

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN LOS TALLERES DE ROMANYÀ VALLS
EN EL MES DE OCTUBRE DE 2010



*Y con la mirada apropiada, casi podrás ver la marca de agua en lo
alto, ese punto en el que la ola finalmente rompió y volvió atrás.*

HUNTER S. THOMPSON

www.librosdelsilencio.com